

LOS 'PIROBOS': NOMADAS EN EL MERCADO DEL DESEO

Carlos Iván García Suárez*

El artículo intenta comprender el nomadismo de los tránsitos y devenires recurrentes de niños y jóvenes varones prostituidos, respecto de sus identidades sexual y social, de sus relaciones con el hábitat de la calle y con sus habitantes, y de sus localizaciones y desplazamientos estratégicos de mercado; se pregunta también por los recorridos vitales y espaciales de los clientes. Busca, en suma, revelar la racionalidad de la errancia que posibilita el encuentro de la oferta y la demanda en el mundo de la prostitución masculina, que hartó nos dice sobre ajuste a las normas y puntos de fuga, sobre los márgenes por los que el deseo transita.

“El niño que mantiene comercio con un hombre no comparte como la mujer los gozos del amor: mira con la frialdad de un hombre en ayunas al que está ebrio de amor”.

Jenofonte, El banquete VIII, 21.

* Periodista y sociolingüista, docente universitario e investigador del DIUC.

Quiénes son

‘Pirobos’ es el término más extendido con el que se reconocen, no sin reticencias¹, niños y jóvenes de sexo masculino, provenientes de la clase baja y en menor grado de la media, que tienen en la prostitución su fuente predominante o única de sobrevivencia económica y que se adscriben en su comportamiento comunicativo y en su indumentaria más o menos al patrón social masculino, por oposición a otros varones en la prostitución pero de apariencia femenina: los ‘travestis’². Subgrupos de los pirobos son los ‘pollos’ y los ‘del apogeo’: los aún niños que apenas se inician en la prostitución y aquellos que tienen la más alta demanda, respectivamente; casi siempre son los mismos. En el tiempo opuesto, están los ‘drogos’: jóvenes ya ‘viejos’ para el oficio, pues han sobrepasado los 20 años³, y adictos crónicos a todo tipo de sustancias psicoactivas; también los mismos.

En su calidad de prostituidos⁴ fijos, los pirobos se oponen a los ‘gomelos’ muchachos que hacen ‘ratos’ sólo en ocasiones, ya sea como expresión de un ansia económica o de placer. Estos últimos provienen de todas las clases sociales, tienen una ocupación definida en el ámbito estudiantil o laboral, también poseen una apariencia masculina, con una indumentaria más costosa, y en la mayoría de casos viven con

su familia. Otros eventuales son los ‘soldados’: muchachos que prestan el servicio militar y que se prostituyen en sus tiempos de franquicia. Otros jóvenes, ex soldados o no, mantienen un corte de pelo al rape para simular ser soldados, porque estos tienen gran aceptación dentro del ‘mercado’.



Foto: Alberto Sierra. Cortesía archivo personal.

El espectro social entre los protagonistas de la demanda es también amplio, pero se distribuye por zonas. Mientras los clientes hombres están presentes en clubes, saunas, bares, discotecas, parques y calles,

las pocas mujeres que buscan a los muchachos lo hacen en clubes o en las ‘plazas’⁵ más exclusivas. No es raro, de otro lado, que los muchachos sean contratados para prestarles sus servicios a parejas de casados o para participar en orgías.

Desde cuándo están

La presencia de la prostitución masculina en el país se confunde en el tiempo y no existen estudios históricos para seguirle la ruta. La primera referencia aparece en la que se considera la obra clásica sobre la prostitución en el país: *La prostitución en Colombia*. En ella, el autor advierte que su análisis no incluye “1. La prostitución entre hombres, por ser aparentemente un fenómeno fuera del alcance de este estudio...” (Sepúlveda 1970: 64). En forma concordante y aunque algunos testimonios mencionan la existencia de prostitución masculina en un bar del centro de Bogotá ya en los años 50, la primera referencia clara la ubica en los años 70 en los bares “Arlequín” y “El farol” del centro y “Yango” de Chapinero (Velandia 1977). También se habla de prostituidos hacia 1977 en la Plazoleta de las Nieves y en los alrededores de los cinemas de la calle 24, en el centro de Bogotá. Según Pedraza (1993: 1), en la época “ya existían casas de lenocinio con este servicio específico, además del trabajo que se negociaba

en la calle y se efectuaba dentro de residencias u hoteles de la misma zona.” Un grupo particular de prostituidos en el mismo año 77 era el de 22 muchachos que prestaban el servicio militar, los cuales “no se sentían ejerciendo un oficio y consideraban esta práctica solo como una manera transitoria de resolver su falta de solvencia económica” (Velandia 1977). En 1986 (Vélez) se publica una encuesta psicosocial he-

el primero de numerosos artículos periodísticos (Aguilar 1993), la monografía cualitativa de García (1994), el estudio cuanti-cualitativo de la Cámara de Comercio de Bogotá (Cabrera, Pedraza y García, 1995) y la sinopsis de *En la jugada*, un proyecto de prevención de la drogadicción y de la infección por VIH, realizado con menores en prostitución, mujeres y hombres (Velandia 1996). Otros estudios macro que

que exhibe en calles y lugares privados una apariencia más o menos viril como mercancía –la intimidad puede ser otra cosa– y que, por tanto, constituye el equivalente colombiano para el ‘chapero’ español, el ‘taxiboy’ argentino, el ‘miché’ brasileño (Perlongher 1990), el ‘hustler’ estadounidense (Preston 1994) el ‘cachero’ costarricense (Schifter 1997) y el ‘Stricher’ alemán (García, “Beste Exportware...” 1998).



cha a un grupo de 22 travestis de Cali, la mayoría de los cuales se desempeñan en la prostitución callejera.

Pero es en los años noventa cuando el tema irrumpe en definitiva, con algunos testimonios de prostituidos en un documento sobre la prostitución infantil (Segura 1992),

contienen referencias al tema son las monografías de Salazar (1995), Gaona (1996) y Pedraza (1996).

Esta corta historia investigativa alcanza, no obstante, para comenzar a comprender los pirobos como un producto urbano, de medias y, especialmente, grandes ciudades,

Cómo se racionaliza una pulsión

Designar a nukak makús, tuaregs, beduinos, gitanos como ‘nómadas’, es sencillo pues se adecúan a la imagen etnológica de un estado social de cambio frecuente de lugar, de errancia, sin domicilio fijo, pero pensar con la

misma palabra a los pirobos o a otros grupos urbanos es una labor mucho más compleja, pues es válida la crítica de James Clifford (1995: 73) en el sentido de que el nomadismo ha sido “frecuentemente generalizado sin aparente resistencia a partir de experiencias no occidentales (¿La nomadología como una forma de primitivismo postmoderno?)”.

Sobre todo porque, aún en los ejemplos más típicos de nomadismo, la realidad que recubre el término “es infinitamente más compleja de lo que permitiría suponer su designación en base al criterio esencialmente geográfico de desplazamiento de grupos humanos en el espacio.” (Digard 1982: 12) En realidad, el entrecruzamiento espacial de géneros de vida nómada y sedentaria explica la diferente distribución de los bienes, y el intercambio de servicios entre ellos, y condiciona la circulación de las personas. Por ello, en la diferenciación nómadas-sedentarios no debe verse una oposición espacial formal, sino una forma de especialización productiva: una estructuración social de dos sistemas “técnico-económico distintos, económicamente ligados, pero separados en dos armazones sociales que ya no son matrimonialmente complementarios” (Leori-Gourhan 1964: 235).

Yo agregaría que los pirobos son desfuegos para el lastre de una norma social unívoca que ata el placer a la reproducción y a un esquema



de pareja heterosexual, y lo son tanto que su presencia social se racionaliza económicamente: ellos ofrecen, los clientes pagan un rato de placer, a veces sólo de compañía; además, para poder operar este encuentro supone no sólo un conocimiento de los sitios de ‘ligue’ y de la presencia de una oferta disponible para las demandas sexuales, sino una infraestructura de residencias, tabernas, moteles y otros lugares, y un conjunto de agentes económicos participantes, que posibilitan la ocurrencia del comercio sexual.

Esto no quiere decir que considere aceptable la visión contractualista liberal sobre la prostitución, que la asimila a cualquier transacción comercial entre dos poseedores de bienes y “subestima las

desigualdades referidas al género, la edad, los recursos de poder y la capacidad de control, el grado de necesidad y las alternativas u opciones de las partes...” (Segura 1998: 274). Me resisto a utilizar, por ello, la definición común de la prostitución como la actividad de ‘vender el cuerpo’, la cual invisibiliza tanto a la demanda como al encuentro ostensiblemente desventajoso que tiene lugar entre cliente y muchacho.

Lo que quiero resaltar es que la racionalidad económica referida es posible debido a la intensidad del deseo reprimido; dicho de otro modo: los pirobos son los puntos de fuga de un sedentarismo social y

sexual en conflicto.

El fondo del asunto radica en que, no obstante nuestro amplio catálogo constitucional de derechos fundamentales y la jurisprudencia ratificatoria de los mismos establecida por la Corte Constitucional, la discriminación (García 1992) sigue siendo la actitud social predominante ante el deseo homosexual, en un espectro amplio de comportamientos que van desde el chiste de salón, pasan por la inexistencia de la protección de seguridad social y de derechos patrimoniales y de sucesión para las parejas gays y lesbianas (García 1995), y llegan hasta el asesinato, como las olas de la mal llamada ‘limpieza social’ que han afectado a pirobos y travestis. Como aparejada a esta homofobia circulan-

te en Colombia y en general en los países latinoamericanos, de cultura patriarcal y machista, es trascendente demostrar una identidad heterosexual sin fisuras, muchos homosexuales y bisexuales tienden a casarse e incluso a tener hijos.

Así, cuando un hombre desea tener un encuentro homoerótico con otro hombre y ante el peligro que supone jugar a una seducción abierta por el posible develamiento ante su círculo familiar, laboral y social, puede recurrir a espacios sociales ‘racionalizados’: “es el caso típico y clásico de la prostitución en que una paga previa, en un escenario ‘parametrizado’ (rutinizado, estandarizado) de transacción, ya asegura un ‘resultado’.” (Sevilla y Salazar 1997: 108). Atreverse a establecer una pareja homosexual estable es mucho más riesgoso para la visibilidad pública, aunque lo es mucho menos en términos de salud pública: la posibilidad de infectarse con cualquier enfermedad de transmisión sexual (ETS) o específicamente con la hepatitis B o el VIH.

Por qué no son tribus urbanas

Los pirobos no son, entonces, una comunidad autónoma y aislada espacialmente; y, aunque jóvenes ciudadanos, tampoco se pueden considerar fácilmente como una ‘tribu urbana’, pues si bien se podrían hacer malabarismos argumentativos para



comprobar que comparten los rasgos que se han definido para el neotribalismo: ‘comunidad emocional’, ‘energía subterránea’, ‘sociabilidad dispersa’ y ‘físicidad de la experiencia’ (Costa, Pérez y Tropea 1996: 54-58), es prácticamente inexistente su sentido gregario y de conformación de liderazgos y no construyen una identidad grupal a través de un consumo musical o estético o de una indumentaria particulares (su consumo se orienta más a la sobrevivencia). En desmedro, incluso de características que se han señalado como pilares de lo juvenil hoy (Martín-Barbero 1998: 32-36), los pirobos no tienen una ‘empatía tecnológica’, no pertenecen a la era del *zapping* y del *Internet*, más bien están desconectados de los aparatos (a excepción de los locales

para ‘jugar maquinitas’ en donde muchos son abordados por primera vez por un cliente y donde siguen yendo para simular ser novatos), y no se organizan como contracultura política. Además y en oposición a su equivalente femenino, la prostitución masculina es un oficio que se ejerce por cuenta propia y sólo en los locales y clubes cerrados se podría hablar de la figura del proxeneta o chulo. La dispersión que surge de una economía de sobrevivencia individual y el temor al rechazo social dificultan, en suma, la caracterización del grupo como una asociación de carácter reivindicativo: la discriminación mata al animal político.

Entonces, cuando podría intentar comprender cómo en el caso de los pirobos “el sentido de la vida individual nace de las coacciones globales que son las de toda vida social” (Auge 1998: 115), se torna más interesante preguntar cómo es que no siendo tribus y siendo jóvenes, unos aún niños, los pirobos constituyen comunidad y en qué sentido son nómadas.

Por qué son comunidad

Se hacen comunidad por compartir muchos una historia común (García, “La explotación...” 1998: 286) de violencia física y sexual a nivel intrafamiliar, desarraigo afectivo y/o desintegración familiar, precariedad de las condiciones

socioeconómicas, desvinculación de la escuela y, en algunos casos, necesidad de encontrar aceptación para una orientación homosexual no admitida socialmente. Estos factores se combinan casi siempre con el abandono o la expulsión del hogar.

Se hacen comunidad por compartir los mismos riesgos, carencias sociales y enemigos externos, especialmente policías y ladrones, quienes los maltratan y sobornan.

demostración de la capacidad para resolver un conflicto por medio de la violencia –generalmente se apela a un arma blanca–, lo cual da cuenta de la habilidad para defenderse a sí mismo y a los compañeros.

Se hacen comunidad por compartir normas sociolingüísticas particulares (García 1994: 125-145, 197-204; y Cabrera, Pedraza y García 1995: 21-28), entre las que se destacan una jerga, constituida

nal importante pues vela el mensaje ante terceros.

Cómo es su nomadismo

Comprendiendo la racionalización de la interacción nomadismo-sedentarismo que se da en el ámbito de la prostitución masculina y encontrando un sentido asociativo de los pirobos relativamente dis-



Centro Comercial Terraza Pasteur, Bogotá. Foto: Carlos Iván García Suárez.

Se hacen comunidad por compartir algunas prácticas simbólicas como el ‘bautizo’ y la ‘prueba’. El primero es el otorgamiento de un nuevo nombre o ‘chapa’ que un pirobo veterano en el oficio le da a un novato, acto que va acompañado de un ‘chambazo’: un corte de navaja o cuchillo en un brazo. La prueba es la primera

por decenas de palabras exclusivas de los pirobos que guardan estrecha relación con las características, implicaciones y riesgos de su oficio, y una jergonza que cambia todas las vocales a una sola (“Le pelecé veene per ehé. Répede-répede”: “La policía viene por ahí. Rápido-rápido”), que cumple un papel funcio-

tante del neotribalismo, se puede abordar mejor el nomadismo de los pirobos a través de una triada de errancias que los caracteriza: del espacio, del rebusque en la calle y de la identidad sexual y de género.

En cuanto al espacio, los pirobos resignifican espacialmente las ciuda-



Foto: Carlos Iván García Suárez

sexualidad pagada, los pies de los veteranos configuran flujos determinados en espacio y tiempo por una condición del mercado: la demanda. Transitan vías específicas a horas específicas y se detienen en sitios específicos, incursionan incluso en espacios arquitectónicos específicos para ponerse en vitrina, para tentar al voyeurismo que los recorre por encima de la ropa y que los desviste, si hay acuerdo en la tarifa. Y vuelven y circulan una y otra vez tanta especificidad, para afianzar sus territorios. En el centro de Santafé de Bogotá, por ejemplo, las zonas de pirobos, travestis y prostitutas están claramente demarcadas y los primeros también están prestos a hacer respetar su zona frente a los 'gomelos'.

Ese sentido territorial se diluye, curiosamente, frente a los prostituidos de otras plazas de la misma ciudad o de otras ciudades, siempre y cuando se trate de prostituidos fijos. De hecho, conocen a muchísimos de ellos y, de ese modo, se van cohesionando como comunidad. Y es que los territorios se poseen, pero, si quedan al cuidado de los pares, es posible abandonarlos temporalmente; mejor decir, es necesario, pues una vez que los pirobos se vuelven foto en su plaza y comienzan a escasear los clientes -siempre a la caza de 'pollos', de la 'carne fresca'-, deben moverse a otra plaza como estrategia de mercado. Vías públicas, cines X, parques, saunas y cada vez más centros comerciales los reciben y los intercambian. Como los hombres del neolítico que se desplazaban a nuevos sitios para cumplir el ritual de la caza y la recolección, como los criadores de hervíboros que se desplazan con ellos a mejores tierras de pastoreo, los pirobos se desterritorializan cuando escasea el recurso:

des y se inventan nuevas, hacen sus ciudades a partir de recorridos particulares que intentan coincidir con la búsqueda de clientes ahítos de deseo, escindidos entre el hombre en el que hierven y se conflictúan los componentes femenino y masculino,

y el macho que deben representar públicamente.

Mas su nomadismo no es casual, no son deambulantes sin oficio: a excepción de los novatos que debutan en los círculos urbanos de la

cuando por reiterativo o por viejo se mengua la demanda de su cuerpo como condición para poder reterritorializarse en otro lugar, para continuar el ciclo de una sobrevivencia que siempre está más allá.

Es usual, entonces, que los pirobos roten entre plazas de la misma ciudad o de otras y, por ello, acumulan un buen conocimiento de ciudades y de plazas, en las cuales ofertarse.⁶ Pasan algunas semanas en una nueva ciudad y luego vuelven a rotar, en una especie de desplazamientos estacionales continuos, sin el lastre de cualquier posesión material, cuando más dos mudas de ropa, una la que llevan puesta, y en los que las amistades se van estrechando, lo que prepara el terreno para nuevos viajes o nuevas recepciones. De algún modo, semejan gitanos con la diferencia de que no viajan como familias extendidas, sino que haciéndolo individualmente las constituyen, las abandonan y las reconstituyen a su paso.

Obviamente también son duchos en manejar la complejidad de Bogotá, la 'plaza mayor', con diversos tipos de prostitución de apariencia viril según tres zonas diferenciadas socioeconómicamente: la primera, con un carácter eminentemente callejero y que congrega a los pirobos de menores recursos, es la zona centro, entre el Parque Santander y el Parque Nacional, con la carrera séptima como eje discontinuo y el Centro Comercial Terraza Pasteur (carrera séptima con calle 24, esquina), como foco principal. La segunda concentra a pirobos en centros nocturnos, saunas, burdeles, videos y salas de masaje, relativamente cercanos a la Avenida Caracas y desde la calle 32

a la avenida Chile (calle 72). La tercera, tanto callejera como en locales cerrados, algunos bastante exclusivos, y en los que hacen su presencia pirobos de mejor apariencia o mejor ataviados y también 'gome-los', se ubica a partir de la calle 72 hacia el norte, por la carrera 15, y con epicentro en la Zona Rosa. La

presencia de la clientela femenina es mínima en la zona centro, baja en la zona dos y mayor en la zona norte, aunque incluso en ésta es comparativamente muy inferior frente a la masculina.

Pero hablar de zonas no debe llamar a engaños; allí la diferencia ma-



Foto: Alberto Sierra. Cortesía archivo personal

yor es la tarifa de los ratos, pero no implican territorialidades fijas para los pirobos. Un contacto los puede llevar a un sitio de la zona dos, una indumentaria regalada por alguien o comprada con la plata dada por un cliente especialmente generoso los puede habilitar para la zona tres y, además, cada vez los centros comer-

ciales, como Granahorrar, Los Nutabes, Pasaje Libertador, Centro Andino y el mismo caso del Terraza Pasteur en Bogotá, se legitiman como plazas.

El impulso viajero de los pirobos, sea en la ciudad, sea entre ciudades, confirma, de otro lado, un relacio-

namiento espacial distinto entre nómadas y sedentarios. En contravía de la función del camino sedentario, “que consiste en distribuir a los hombres en un espacio cerrado”, el trayecto nómada “distribuye a los hombres (o los animales) en un espacio abierto, indefinido, no comunicante”; “el espacio sedentario es estriado, por muros, lindes y caminos entre las lindes, mientras que el espacio nómada es liso, sólo está marcado por ‘trazos’ que se borran y se desplazan con el trayecto”. Resaltan, además, la sapiencia de la espera del nómada, su paciencia infinita: “Inmovilidad y velocidad, catatonía y precipitación, ‘proceso estacionario’, la pausa como proceso...” (Deleuze y Guattari 1994: 385), lo cual hace pensar, sin remedio, en los desplazamientos estacionales.

Respecto de la errancia del rebusque en la calle, ésta se da en cuanto los pirobos son menos una autopista de una sola vía y más una encrucijada entre los habitantes *de* y *en* la calle.⁷ Se ‘mueven’ en ella, en toda la extensión de la palabra, no sólo porque muchos provienen de allí y devienen en la prostitución, sino porque están inscritos de manera múltiple en la marginalidad: sin dejar de hacer ratos para asegurar el pan cotidiano, a veces su indumentaria empobrecida o cambiante los hace definibles como gamines, ñeros o travestis, su adicción como drogos y sus oficios simultáneos como jibaros y/o ladrones. Así mismo, la prostitución es apenas una de las acciones sociales con las que se desenvuelven en la calle: una gran mayoría hacen ‘pavos’ (robarle algo al cliente) y ‘retacan’ (piden dinero o prebendas por las calles), y menos acuden a ‘batanear’ (raponear), ‘mechar’ (robar ropa) y ‘tomasiar’



Foto: Alberto Sierra

(dar algún psicotrópico al cliente para robarlo). Todo vale: la sobrevivencia es también un espacio liso en el que los pirobos se territorializan y desterritorializan en forma itinerante entre actores y acciones del mundo de la calle.

Finalmente, en alusión a la errancia de la identidad sexual y de género, los pirobos pueden pensarse menos como un bloque de hormigón y mucho más como un gel, como un estadio coloidal que se va adecuando al contexto. No sólo es que algunos son niños en los cuales no es preciso hablar de identidad, sino mejor de un polimorfismo sexual. No sólo es que existe una brecha de anchura y hondura imprecisas entre las prácticas y las identidades: al ser retribuidos en dinero, muchos consideran sus contactos sexuales con hombres como un simple negocio, como una escapatatoria al hambre, que no compromete para nada su identidad heterosexual. No sólo es que su lenguaje revela una estructuración distinta de las categorizaciones con que la sociedad refiere en forma generalmente sinonímica a los hombres atraídos por su mismo sexo: para ellos el mundo se divide entre ‘activo’ (penetrador) y ‘pasivo’ (penetrado). Al primero se le llama ‘macho’ u ‘hombre’, término que también designa al cliente. El segundo es el ‘homosexual’ o la ‘mujer’ y si, además, tiene un amaneramiento evidente, pasa a llamarse ‘marica’ o ‘loca’. No sólo es que muchos exhiban en su habla múltiples inconcordancias de género gramatical para designar a otros o a sí mismos. No sólo es que para ellos pene no es condición necesaria para hombre: algunos se creen genuinamente mujeres.

Sino que, a petición del cliente, al mejor postor, circulan también entre identidades. Son hombre, loca, pollo, adulto, machito, masoquista, apogeo, travesti, joven, activo, mujer, sádico, pasivo, niño, gomelo, drogo. Son una y todas, simultáneamente, debido a una ley de mercado. Son pirobos, son mercenarios explotados, son puntos de fuga para la discriminación de otros y de sí mismos, son fugaces, son devenires, son errantes, son espacio liso, porque es cierto cuando Deleuze y Guattari (1994: 396) afirman que “los nómadas no tienen historia, sólo tienen una geografía”.

Citas

- 1 Algunos muchachos son reacios al término ‘pirobo’ en razón del matiz despectivo con que lo usan otros habitantes de la calle. Alario (1983: 191) lo considera simplemente como sinónimo de homosexual, pero en el lenguaje de la calle equivale a otras formas de insulto como ‘hijueputa’, ‘marica’ o ‘gonorrea’, intensas no por su significado léxico sino por su sentido ritual. Para Salazar (1995: 39), “Esta palabra designa aquella persona que le gusta tener prácticas homosexuales y no se asume como tal. No es exclusiva de los prostitutos”. Velandía (1996: 63-64) afirma, por su parte, que el término denomina a aquellos que “se ofrecen a clientes hombres o a su parejas permanentes u ocasionales utilizando una imagen, comportamientos y ademanes considerados típicamente masculinos” y agrega que en unas pocas regiones del país ‘pirobo’ es el hombre que “penetra a otros hombres”: el llamado “cacorro”, en otras regiones.
- 2 Lo cual no quiere decir, desde luego, que todos los travestis trabajen en la prostitución pues el travestismo es una preferencia de indumentaria, que no está ligada a un oficio o a una identidad sexual particulares.
- 3 Como una diferencia importante frente a la prostitución femenina: el tiempo ‘productivo’ de los muchachos es muy corto: hacia los 20 años la demanda baja y hacia los 25 hay muy pocas posibilidades de suscitar la atención de los clientes, a no ser que se mantenga una apariencia muy juvenil, lo cual es bastante

difícil por los apuros de la vivencia en la calle, por el consumo de sustancias psicoactivas y por los riesgos de enfermedad.

- 4 Existe una gran discusión sobre como designar a los sujetos inmersos en la prostitución. ‘Prostituto/a’, aparte de cierto matiz despectivo, comprende un grado relativo de libertad en la escogencia y el ejercicio del oficio; ‘trabajador/a sexual’ implica la asunción del oficio en forma ‘profesional’ y/o reconoce un ánimo de organización reivindicatoria y política, aunque incorpora la discusión sobre si un oficio denigrante puede ser considerado trabajo y si es propio hablar de trabajo o de explotación en el caso de los menores; precisamente por esa discusión, ‘explotado/a sexualmente’ es el término usado por la normatividad internacional para referirse a cualesquiera formas de comercialización física o simbólica de los cuerpos de los/las menores de edad, dentro de las cuales se incluye la prostitución; ‘prostituido/a’ designa a un/a sujeto en la prostitución y reconoce el constreñimiento económico y social que comúnmente implica el oficio. Teniendo en cuenta las historias familiares que normalmente tienen como resultado la presencia de un ‘pirobo’ en la calle y sus afugias económicas, creo que ‘prostituido’ es el término que más se adecúa para designarlo.
- 5 Lugar donde los prostituidos se ofertan.
- 6 Un inventario provisional de unas y otras indicaría:
 - Armenia: Avenida 21, Plaza de Bolívar.
 - Barranquilla: Paseo Bolívar, Avenida 72 y Cinema Centro.
 - Bucaramanga: Plaza Santander, Colseguros.
 - Calarcá: Plaza de Bolívar.
 - Cali: Avenida Sexta Norte, Bar El Oasis, Carrera Quinta Norte, Paseo Bolívar, Puente Ortiz, La Ermita, Pance, Bar ‘Sodoma’ y Parque San Nicolás. En la investigación de Salazar (1995), se reconocen tres áreas de interacción gay: la Calle 15, los Cinesmas y la Avenida Sexta, comunicadas por una serie de nudos o cruces: Paseo Bolívar, La Ermita y la Avenida Sexta, y dos sitios específicos: el Café Tabú y la Taberna Espartacus, en los que tiene lugar la prostitución masculina.
 - Cartagena: Torre del Reloj, Parque de La Armada, Parque Bolívar y playas de Bocagrande y El Laguito.
 - Cúcuta.
 - Girardot.
 - Ibagué: Plaza de Bolívar.
 - Manizales: Parque Caldas y Teatro Manizales.
 - Medellín: Parque de Berrío, Avenida Junín, Plaza de Bolívar y Terminal de Transportes.

Montería.
Neiva.

Pereira: Plaza de Bolívar.

Santa Marta: Camellón de la Bahía.
Valledupar.

Villavicencio: El puente.

“Un sondeo nacional realizado por la Defensoría del Pueblo durante 1994, estableció que las ciudades en las cuales la explotación sexual de la niñez reviste mayor gravedad son: Bogotá, Neiva, Riohacha, Villavicencio, Pasto, Bucaramanga, Barranquilla, Montería, Medellín, Cúcuta, Popayán y Cali” (García 1996: 37-38). Con esta base, la entidad decidió adelantar un trabajo de campo en zonas deprimidas (Defensoría del Pueblo 1995: 22-34) e hizo contacto con los siguientes varones prostituidos:

Barranquilla: tres menores de edad en calles de la zona centro.

Bogotá: 15 adultos en bares del barrio Restrepo.

Leticia: dos menores y diez adultos en calles.

Pereira: 38 menores, primordialmente en calles de barrio La Paz, Parque de la Libertad, Galería Central, parque del lago Uribe Uribe y Plaza de Bolívar.

- 7 La población en la calle (vendedores ambulantes y/o estacionarios de bienes y servicios, así como recolectores y recicladores de basuras, entre otros) realiza una actividad económica que “requiere y/o se nutre de la presencia de compradores o vendedores que por ella circulan”. La población de la calle (‘ñeros’ en galladas y parches) también deriva su sustento “de lo que sucede en, y de quienes transitan por la vía pública, pero, a diferencia de ellos, han hecho de la calle su morada habitual” (Cabrera et al. 1997: 16).

Bibliografía

- AGUILAR R., Carlos Andrés, “Prostitución masculina: nuevo fenómeno social”, *El Espectador*, 2 de mayo de 1993, p. 1C.
- ALARIO DI FILIPO, Mario, *Lexicón de colombianismos*, vol. II, Bogotá, Banco de la República, 1993.
- AUGÉ, Marc, *El viajero subterráneo: un etnólogo en el metro*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- CABRERA, Olga, Gloria Inés Pedraza y Carlos Iván García, ‘Pirobos’: *trabajadores sexuales en el centro de Santafé de Bogotá*, Bogotá, Cámara de Comercio de Bogotá, 1995.
- CABRERA, Olga, Carlos Iván García et al., *Habitantes de la calle: un estudio sobre* El Cartucho en Santafé de Bogotá, Bogotá, Cámara de Comercio de Bogotá, 1997.
- CLIFFORD, James, “Las culturas del viaje”, *Revista de Occidente*, No. 170-171, julio-agosto de 1995.
- DEFENSORÍA DEL PUEBLO, *Situación de la niñez explotada sexualmente en Colombia*, Serie Fémina No. 6, Bogotá, autor, 1995.
- COSTA, Pere-Oriol, José Manuel Pérez Tornero y Fabio Tropea, *Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*, Barcelona, Paidós, 1996.
- DELEUZE, Gilles y Félix Guattari, *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos, 1994.
- DIGARD, Jean Pierre, “A propósito de los aspectos económicos de la simbiosis nómadas-sedentarios en la antigua Mesopotamia: el punto de vista de un antropólogo sobre el Medio Oriente contemporáneo”. En: SILVA CASTILLO, Jorge (comp.), *Nómadas y pueblos sedentarios*, México, D.E., El Colegio de México, 1982.
- GAONA, Luis Carlos, *Al filo de la calle: hacia una semiótica y una analítica del amor mercenario*, Monografía de grado, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja, 1996.
- GARCÍA, Carlos Iván, “Homosexuales: el mismo amor, pero distinto”, *Colombia Hoy*, No. 107, diciembre de 1992, pp. 45-48.
- , *Los ‘pirobos’ del Terraza: interacción y discriminación sociales en un grupo de trabajadores sexuales*, monografía de grado - Licenciatura en Filología e Idiomas, Universidad Nacional, 1994.
- , “Parejas gay: declaración legal”, *Colombia Hoy*, No. 134, mayo de 1995, pp. 6-8.
- , “Juguetes de otros a la edad de los juguetes”, *Alternativa*, Nueva Época, No. 1, agosto de 1996, pp. 36-38.
- , “Explotación sexual de niños y jóvenes en Bogotá”, *Un nuevo siglo sin trabajo infantil*, Memorias - Seminario Latinoamericano, Bogotá, IPEC-OIT e ICBE, 1998, pp. 283-300.
- , “Beste Exportware: ‘Latino-Stricher in Berlin’”, *ILA Zeitschrift der Informationsstelle Lateinamerika*, No. 216, junio de 1998, pp. 38-39.
- LEORI-GOURHAN, L., *Le geste et le parole: technique et langage*, París, Albin, 1964. (Cit. en DIGARD 1982: 16).
- MARTÍN-BARBERO, Jesús, “Jóvenes: des-orden cultural y palimpsestos de identidad”. En: Laverde, María Cristina et al. (eds.), “Viviendo a toda”: jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades, Bogotá, Universidad Central-DIUC y Siglo del Hombre Editores, 1998, pp. 22-37.
- PEDRAZA P., Gloria Inés, *La problemática: menores trabajadores sexuales*, documento presentado al Ministerio de Salud, 1993.
- , *Seres y riesgos*, Monografía de grado - Magister en Psicología Comunitaria, Universidad Javeriana, 1996.
- PERLONGHER, Néstor, “Avatares de los muchachos de la noche”, *Nueva Sociedad*, No. 109, septiembre-octubre de 1990, pp. 124-134.
- PRESTON, John, *Hustling: A Gentleman's Guide to the Fine Art of Homosexual Prostitution*, Nueva York, Richard Kasak Book, 1994.
- SALAZAR ESQUIVEL, Néstor Alexander, *Nictálopes al encuentro de otro que es un yo: sociografía de los lugares para hombres gay en Cali*, Monografía de grado - Sociología, Universidad del Valle, 1995.
- SCHIFTER SÍKORA, Jacobo, *La casa de Lila: un estudio de la prostitución masculina*, San José, Ilpes, 1997.
- SEGURA ESCOBAR, Nora, *La prostitución infantil y la educación en Colombia*, Bogotá, Unesco, 1992.
- , “¿Abuso sexual o trabajo?: los y las menores en prostitución”, *Un nuevo siglo sin trabajo infantil*, Memorias - Seminario Latinoamericano, Bogotá, IPEC-OIT e ICBE, 1998, pp. 272-279.
- SEPÚLVEDA NIÑO, Saturnino, *La prostitución en Colombia*, Bogotá, Ed. Andes, 1970.
- SEVILLA CASAS, Elías y Alexander Salazar Esquivel, “Capítulo 4. Racionalización social y democratización de las relaciones íntimas: el caso de los lugares gay de la ciudad de Cali”. En: SEVILLA CASAS, Elías y otros, *Erotismo y racionalidad en la ciudad de Cali: informe científico del proyecto Razón y Sexualidad, Fase I*, Cali, Cidse, 1997.
- VELANDIA MORA, Manuel Antonio, *Prostitución y homosexualidad en la zona centro de Bogotá*, Bogotá, inédito, 1977.
- , *Desde el cuerpo: la construcción de la identidad particular y el redescubrimiento del propio cuerpo como puntos de partida en la prevención del consumo de sustancias psicoactivas e infección por HIV y las ETS, en menores vinculados a la prostitución*, Bogotá, Fundación Apoyémonos, 1996.
- VÉLEZ LOAIZA, Francisco, “El transvestismo callejero en la ciudad de Cali - Colombia”, *Revista Latinoamericana de Sexología*, vol. 1, No. 1, 1986, pp. 67-93.